

EN LA MARQUESINA

Como cada tarde, a las seis menos cuarto, Jorge acercaba a su padre hasta la parada de bus que le llevaría al pueblo de Mijas, y esperaba con él hasta que llegaba su línea. Después de cinco minutos sentados, llegó.

—Buenas tardes señor Jesús, —dijo la conductora cuando abrió la puerta para recogerlo —hoy va a haber suerte, ya verá como Pilar estará esperándole. Acomódese aquí delante, a mi lado y así va viendo el paisaje por el cristal frontal.

Cerró la puerta después de comprobar que se había acomodado en su asiento habitual, e inició el camino de costumbre a lo largo de la costa de Benalmádena, para luego adentrarse en el interior de la montaña, hasta llegar al pueblo, respetando así cada parada. Al llegar al inicio de la calle principal y ver a los hombres del pueblo que iban llegando con sus burros de vuelta del trabajo del campo, él se ponía siempre nervioso. Recordaba todo el recorrido a la perfección, y ya buscaba la silueta de ella, a través del cristal.

Pero este era un día más. Su amada a la que conoció con diecisiete años, desafortunadamente sufrió un accidente a los veintitrés, falleciendo en pocos días. Cada tarde, durante los seis años que duró el noviazgo él viajaba en el bus, cuando terminaba de trabajar, solo para verla. La línea partía desde Málaga, y cubriendo los paseos marítimos de los pueblos de la costa, llegaba hasta allí.

La conductora al llegar a la plaza del pueblo, hizo la parada habitual y se volvió al anciano para hablarle:

—Lo siento, señor Jesús— dijo Clara— hoy tampoco habrá podido venir, pero no se preocupe, ya verá que mañana seguro estará esperándole.

—No sé qué ha podido pasarle, puede ser que haya tenido que quedarse hoy también a cargo de la abuela— contestó él—. Su madre no tiene con quién dejarla cuando se multiplican las tareas en el campo.

—Le acerco de vuelta entonces, usted tranquilo—habló ella.

Y asegurándose de que el hombre se encontraba bien, después de subir el último viajero al vehículo, emprendió camino de regreso. A lo largo de la tarde y hasta el final de su turno, Clara hacía el recorrido tres veces, y sucesivamente, cuando llegaban a la marquesina de la plaza del pueblo, se repetía la misma conversación; cerciorándose ella de que él, se quedaba conforme.

A las nueve de la noche un día más, era parada obligatoria, donde debería de ser recogido el abuelo. Paró viendo a su hijo y se dispuso a abrir la puerta de entrada al bus.

—Buenas noches— dijo Jorge—. ¿La has visto hoy?— preguntó mirando a su padre.

El hombre con el rostro cabizbajo, sacudió la cabeza negando la pregunta. Y se dispuso a bajar el escalón, despidiéndose de la conductora.

—Papá hoy se ha portado bien, como todos los días—le habló Clara a su hermano.

